CAPITULO VII.

Levantamiento del brigadier Félix Díaz en Veracruz.

Llegado el país por la senda de los desaciertos y de la falta de honradez política y administrativa del gobierno maderista, al triste estado de disolución que hemos descrito a grandes plumadas en las páginas anteriores de este libro; exhaustas totalmente las arcas federales, cuyos tesoros, tomados sin el menor escrúpulo, sólo habían servido para enriquecer en unos cuantos meses a los prohombres del llamado "nuevo régimen;" pesando sobre la Nación muy serios compromisos pecuniarios contraídos en el extranjero; perdido nuestro crédito exterior y amenazada seriamente nuestra integridad nacional por la intervención armada de los Estados Unidos del Norte, que en el transcurso del desastroso gobierno del señor Madero estuvo muchas veces a punto de estallar, ¿qué de extraño tenía que un nuevo movimiento revolucionario se levantara airado con el propósito de venir a echar por tierra la inmoral administración de unos cuantos ineptos que cada día le provocaban nuevos conflictos a la patria y la

hundían cada día más en el desprestigio y en la ruina?

El mismo gobierno aquél, desacertado y torpe, en colaboración fatídica con el Partido Constitucional Progresista y desde su primer momento de labor gubernamental, había venido acumulando en torno de sí, con sus monstruosos procedimientos de la más absurda demagogia, las fuerzas destructoras que habían de derrocarlo en no lejano día, y obedeciendo, así, a una necesidad imperiosa de la Nación que clamaba angustiadamente por la paz; paz tanto más querida cuanto más distante, que el maderismo le había arrebatado para saciar bastardas ambiciones y que era impotente ahora para devolverle, surgió, como un anhelo, la revolución felicista en Veracruz, trayendo envuelta en los pliegues de su bandera una consoladora promesa de paz y de justicia, que venía a responder a la aspiración más grande, más noble y más profundamente arraigada en el alma de la colectividad mexicana.

Conozcamos antes de entrar en la narración de este nuevo movimiento armado, llevado a efecto principalmente por elementos militares de nuestro ejército, las razones en que se apoyó, y las cuales agruparon prontamente bajo una misma bandera e identificaron en un mismo supremo ideal, a los sedientos de orden y de bienestar nacionales.

Estas razones quedaban consignadas en el Manifiesto que el brigadier Félix Díaz, jefe del nuevo levantamiento, dirigía a la nación inmediatamente después de haber tomado las armas desconociendo el gobierno del señor Madero, y el cual transladamos íntegro:

"Mexicanos:—En momentos de suprema angustia para la Patria, vengo a elevar mi voz para pedir ayuda a todos los hombres de buena voluntad, deseosos de contribuir a que renazca entre nosotros, una era de paz y de concordia.

No es posible soportar ya en silencio tantos males como ha originado y sigue causando a la República la nefasta administración surgida del movimiento revolucionario de 1910.

Retirada ya la careta de democracia y altruismo que utilizó para engañar villanamente al pueblo, arrastrándolo a un movimiento armado, se ostenta ahora cínicamente, la verdadera faz del hombre que sin derecho alguno, por haber sido otra la verdadera alma de la revolución, se proclamó a sí mismo caudillo de ella y se encumbró favorecido por un momento de locura nacional, y esa verdadera faz es la de un ente ávido de riquezas para sí y para su numerosísima familia; sin dote alguno de hombre de gobierno; cruel y sanguinario como todo ser débil y pusilánime, y haciendo dudar hasta del estado de su razón al ver la inconsciencia con que guarda la respetabilidad del alto puesto que ocupa.

Incendio, saqueo y matanza, son las armas de que el gobierno actual se vale, no para defenderse de agresiones, sino para acallar las voces de sus mismos ex-partidarios que la gritan: **¡cumple tus promesas!**.... Y matanza, saqueo e incendio, es la represalia que ejercen los burlados, los que en el colmo de la rabia, por la impotencia de la razón de sus quejas, ya no se les deja otro camino que el de morir luchando con las armas en la mano para no perecer, cazados como fieras salvajes, sobre las cenizas

de sus pueblos arrasados y los cadáveres de sus hermanas, hijos, esposas y madres sacrificadas inútil e ignominiosamente.

Que se sepa por todos, que no queda lugar a duda: la revolución actual no es sino la insubordinación provocada, exigida por el más cruel abuso de autoridad, por el que atenta no sólo a la propiedad, sino a la honra y a la vida.... la que absuelven hasta las terribles leyes militares.

Es necesario, pues, para que la vida de la República sea la próspera y feliz que se merece, hacer un supremo esfuerzo y destruir el mal en su origen, quitando el poder a las manos ineptas y sanguinarias que de él abusan.

Para tan noble fin es para lo que voy a jugar mi vida y la de los valientes que se han agrupado a mi derredor; si morimos, será con la satisfacción de haber intentado el bien de la patria; si el triunfo nos favorece, el Gobierno Provisional que instituiremos, lo integrarán personalidades de reconocida probidad, inteligencia y prestigio, sin distinción, por motivo de filiación política o creencias; y ese gobierno trabajará sin descanso por realizar el ideal inscrito en la bandera de rebelión que ahora enarbolo: "**imponer la paz por medio de la Justicia.**"

Vuelto el país al orden se convocará a elecciones, y será respetado y sostenido el mandato popular sobre la base por todos ambicionada y ahora vilmente escarnecida, de libre sufragio y no reelección, prometiendo solemnemente que no se repetirá la burla cruel de una falsa elección como la fraudulenta, y de ningún valor legal por consiguiente, que cubrió la vacante vicepresidencial.

Noble Ejército, al cual desde mi juventud he tenido la honra de pertenecer y del cual acabo de sufrir el dolor de separarme como una protesta enérgica de que sean nuestros iguales y hasta superiores, criminales tomados de las gradas del patíbulo (1) aventureros extranjeros o simples parientes del mandatario; camaradas míos, especialmente vosotros, mis hermanos, los hijos del glorioso Colegio Militar: la desciplina tiene como límite, según claramente lo expresé ante las autoridades supremas que regían el país el 21 de agosto de 1909, en el discurso que pronuncié en esa fecha con motivo de la clausura de las conferencias de nuestra Asociación, la disciplina, repito, tiene como límite el bien supremo de la patria; y las armas que os ha entregado la Nación para su defensa, las ha trasformado el actual gobierno en hachas de verdugo para imponer su tiranía. Os convoco a uniros con nosotros para hacer la obra de Justicia.

Buenos hijos de la actual revolución, agrupémonos para que nuestra acción pueda ser más eficaz; os ofrezco junto con mi vida, mi nombre, que os aseguro irá siempre por el camino del patriotismo y del honor

Mexicanos todos, prestadme vuestro contingente material y moral para la obra de aseguramiento de paz que emprendo con la guerra. No me presento ante vosotros con promesas de bienes imposibles de cumplir, ni apelo a engaños para sorprender

(1) El bandolero Francisco Villa, prófugo de la cárcel de Chihuahua, en donde extinguía una condena por los delitos de robo y homicidio, recibió el grado de brigadier honorario del ejército, por orden del Presidente Madero.

buena fe, como infamemente lo hicieron los hombres de la anterior revolución; sólo prometo paz; sólo trabajaré y lucharé por la **paz**, y cuando ésta sea un hecho, por el eliminamiento de los que a guerra provocan para beneficiarse con las arcas del Tesoro Público, entre los ríos de sangre de sus compatriotas, veréis cómo a su beneficio y dentro del imperio de la justicia, todos los bienes materiales, todos los ejercicios de libertades vendrán por sí solos, como fruto natural de esa paz y del orden **en el trabajo, dentro de una serena e imparcial justicia para todos.**

Que nuestro lema es el que aquí estampo con mi firma:

"Paz y Justicia."

FELIX DIAZ."

Coincidiendo casi con la publicación del anterior manifiesto, circuló profusamente en Veracruz el 16 de octubre de 1912, fecha en que, como veremos después, se apoderaba de aquella plaza el expresado brigadier, la siguiente proclama:

"Al pueblo de Veracruz:

En las proclamas generales que oportunamente circularán aquí, como están ya circulando en toda la República, detallo ampliamente los fines que persigo al pretender el derrocamiento del actual régimen de gobierno que lleva a la patria, a pasos agigantados, a la completa ruina y absoluto desprestigio.

Básteme, por ahora, deciros que persigo dos fines principales: primero, establecer **la paz, la paz** de que tan ansiosos estamos todos por estar convenci-

dos de que es y debe ser la suprema aspiración nacional; que cese ya ese horrible derramamiento de sangre de la lucha de hermanos contra hermanos a que excita por sus incalificables abusos el régimen actual; segundo, poner a la noble Armada y al glorioso Ejército Nacional en el lugar de prestigio y decoro que para ellos ambicionamos los que tenemos la honra de pertenecer a esos cuerpos, que no vuelva a verse la indeleble mancha de ver luciendo las más altas insignias jerárquicas a bandidos arrancados del cadalso.

Paz a la Nación, honor al Ejército y Armada, por esos ideales lucharé con las armas en la mano y con la justicia como norma. No vengo a destruir, vengo sólo a reparar tantos y tantos daños como han ocasionado y siguen causando a la República los hombres que, con el engaño de promesas utópicas han burlado cruelmente al pueblo que cegado los siguió en la revolución de 1910.

Veracruzanos:

En esta hermosa tierra, cuna de las Leyes de Reforma, tres veces **heróica ciudad,** donde vió la luz primera la compañera de mi vida, (1) he querido iniciar el movimiento, sabiendo que al amparo de los pechos todos lealtad y valor que os enaltecen, llegaré al fin que todos anhelamos.

En las pocas horas transcurridas, hemos podido quedar mutuamente satisfechos, pues si de vosotros he estado y sigo recibiendo muestras de adhesión y de cariño, por mi parte tengo la satisfacción de que

(1) La señora doña Isabel Alcolea de Díaz, originaria de Veracruz y descendiente de una de las más honorables familias de aquel puerto.

no he atropellado ningún derecho, he respetado y haré que se respeten todas las disposiciones legales que norman la vida social y, sobre todo, tengo el inmenso orgullo de poder decir que no ha costado una sola gota de sangre la ocupación del primer puerto de la República.

Prestadme vuestra ayuda, apelo a la buena voluntad de todos los verdaderos patriotas, y, así unidos, procuraremos con nuestra conducta hacer ver a propios y extraños, que nuestras aspiraciones son justas y que los medios serán, hasta el último extremo, la persuación y la justicia; logrando el triunfo, será un timbre más de gloria para esta ciudad el que en ella se haya iniciado el movimiento.

Recibid con mi agradecimiento la más alta muestra de cariño de mi corazón.

FELIX DIAZ."

* * *

Por más que de un momento a otro era esperada la explosión de este nuevo movimiento armado, pues para nadie en la metrópoli era un secreto que entre conspícuas personalidades del ejército y de la política se tramaba un complot para derrocar al gobierno del señor Madero, la noticia de que tal movimiento había, por fin, estallado en la capital del Estado de Veracruz, que, desde luego y sin efusión de sangre había quedado en poder de los nuevos revolucionarios, encabezados por el brigadier don Félix Díaz, la noticia, decimos, causó una profunda sensación en todos los círculos sociales; ocupó por completo la atención pública, fué el tema obligado de todas las conversaciones y objeto de muy diversos y

acalorados comentarios, y en un momento cundió con la velocidad del rayo, por todo el país, despertando en todos los hombres del nuevo régimen las mismas inquietudes, y en la mayor parte de los mexicanos, cansada ya de la cruenta lucha intestina en que se agitaba la nación, las mismas halagüeñas esperanzas de tranquilidad y de paz.

Optimista siempre el señor Madero, pero con un optimismo tonto que rayaba en obcecación, no quiso concederle la menor importancia al reciente pronunciamiento, por lo menos al externar sus opiniones en público en tal sentido; la noticia de la toma de Veracruz, por las huestes felicistas, no vino a borrar por un instante siquiera la eterna sonrisa de íntima satisfacción y de confianza en sí mismo, estereotipada en su rostro; y a fin de que se vea cómo éste mandatario no vacilaba en hablar a humo de pajas, comprometiendo siempre la majestad de su elevado cargo, transcribimos aquí sus enfáticas declaraciones hechas a la prensa pocas horas después de haberse sabido en México la caída de Veracruz en poder del general Díaz, y, por ende, cuando era verdaderamente imposible que nadie, ni aún las mismas autoridades del puerto, se hubieran dado cuenta exacta de la situación.

"Es cierto—decía el señor Madero—que el brigadier Félix Díaz se ha pronunciado en Veracruz con poco más de cien hombres, acompañado de un pariente suyo, el coronel Díaz Ordaz, que manda el 21o. batallón que defeccionó. Sus primeras operaciones fueron intimar a las tropas del 19o. batallón que guarnecían el fuerte, y como no lograron que los jefes de este cuerpo secundaran su

movimiento, los hicieron prisioneros, dejando libres a los soldados, a quienes es muy posible que hayan recogido después para engrosar sus filas.

Así y todo, sólo cuentan con cerca de setecientas plazas que formaban los citados batallones, más los hombres que había podido reunir el brigadier Díaz. El total no puede llegar a mil hombres, que tendrán que ser copados y rendirse dentro de pocos días.

La Armada es leal al gobierno, y aunque dos de los capitanes de fragata fueron presos por los revolucionarios, el jefe Azueta nombró desde luego a los segundos para que comandaran los buques, que están a la disposición de nosotros.

El jefe accidental de la plaza, general Hernández, fué también declarado preso, pero luego logró fugarse y está ya en San Juan de Ulúa con la guarnición de ese Fuerte, listo para el próximo ataque a los sublevados.

Ya ven ustedes, agregó, que el movimiento en la ciudad de Veracruz, no tiene la importancia que ha querido dársele, ni mucho menos. Al amanecer de mañana, habrá ya al derredor de mil quinientos hombres, que rodearán la ciudad de Veracruz, y luego se juntarán en los mismos sitios hasta cinco mil hombres, que están moviéndose ya de distintas direcciones, para converger en el puerto. Por esto digo, que antes de ocho días estaremos de nuevo en posesión de esa ciudad, y Félix Díaz correrá la misma suerte que el general Reyes.

Repito, pues, que no tiene importancia esto, y en prueba de que así lo creo, luego que llegó a mis

manos la proclama de los sublevados, he ordenado que la repartan a la prensa para que la publiquen, y así pueda el público conocer lo poco o nada que el brigadier Díaz ofrece a la nación. ¡La paz por medio de la justicia!...." (1)

Con este mismo motivo y coincidiendo en optimismos, con las anteriores declaraciones del señor Madero, el señor licenciado don Jesús Flores Magón, secretario del despacho de Gobernación en aquella época declaró en la siguiente forma sobre los acontecimientos que relatamos:

"El levantamiento de Félix Díaz es solamente una locura. Díaz, envanecido por sus antecedentes de familia, ha pretendido convertirse en héroe, cuando no es más que un insensato que debía haber respetado los galones que inmerecidamente recibiera, sólo por pasear su espada virgen, en las calles de esta capital. Afortunadamente la opinión pública está en favor del gobierno, y ha condenado con toda energía este movimiento rebelde, que pronto será sofocado...."

Y más tarde, transmitía telegráficamente a todos los gobernadores de los Estados:

"Comunico a ustedes que hoy en la madrugada, el general Félix Díaz se levantó en armas, en Veracruz, y aún cuando corrieron rumores alarmantes, deseo poner en conocimiento de usted, que solamente una parte de la guarnición de Veracruz está del lado de Félix Díaz, y permanecen fieles los soldados del 19o. batallón, que está allí, pues

(1) Como se vè, nada significaba la paz del país para el señor Madero, quien, por otra parte, ratificaba su profesión de fè: ofrecer mucho, mucho... para no cumplir nada!

solamente se pusieron al lado de Félix Díaz los del 21o., con excepción de algunos jefes que no quisieron correr la aventura de ese general. También permanece fiel el personal de los buques de guerra, surtos en los puertos, y que están a las órdenes del comodoro Azueta, quien está dirigiendo las operaciones de bombardeo al cuartel en donde se hallan los sublevados.

Para hoy en la noche habrá más de mil quinientos hombres, de diversos puntos, que van a atacar a los sublevados, y también se está proveyendo de suficiente artillería para un caso necesario.

El espíritu público es contrario a esa funesta aventura del general Díaz, a quien titula de traidor, y los jefes y oficiales del ejército se encuentran indignados por la actitud de dicho general. La opinión pública, es de tal manera contraria al levantamiento de Félix Díaz, que en la misma Cámara de Diputados, la llamada "extrema izquierda liberal" que ha sido oposicionista al gobierno, reprueba enérgicamente la actitud de Félix Díaz.

El gobierno ha tenido muestras de simpatías por todas partes y se espera que en muy pocos días estén aniquilados los rebeldes, a quienes se tratará con toda la energía necesaria".

Prescindiendo de comentar las intemperancias de lenguaje usadas por el señor Flores Magón. en estas declaraciones, e impropias, ciertamente en una persona de su ilustración y de su rango, éstas aun en el caso de que hubieran sido sinceras, estaban muy lejos de la realidad de las cosas.

El levantamiento del general, obedecía a un plan perfecamente madurado y que aseguraba el éxito

más completo. Contaba con excelentes elementos pecuniarios; en su torno estaban agrupados no pocos elementos militares de alta graduación, de prestigio bien adquirido y de grandes simpatías en el ejército, así como prominentes hombres pertenecientes a la política, a la banca y al comercio; dado el profundo desprestigio y la completa impopularidad del gobierno maderista, había la creencia, mejor dicho, la seguridad de que la opinión pública apoyaría, como en efecto apoyó, aquel levantamiento, a pesar de las declaraciones en contra, del señor Flores Magón; y sólo un caso imprevisto: la absoluta carencia de honradez en los procedimientos militares del general Beltrán, encargado por el gobierno del Centro para la recuperación de la plaza de Veracruz, pudo haber retardado, ya que no hecho fracasar el triunfo del felicismo, sobre el desorientado gobierno del señor Madero.

Veamos como se desarrollaron aquellos interesantes acontecimientos, que dieron cima a la obra revolucionaria, que tres meses y días después, habían de repetirse en la capital de la República, y determinar la caída inevitable de una perniciosa administración, que, contra todas sus promesas, había hecho del abuso y de la deslealtad, un oprobioso sistema de gobierno.

* * *

El 16 de octubre de 1912, la vía Galveston comunicaba a la capital de la República, que en la madrugada de aquella fecha, el general brigadier Félix Díaz se había apoderado de la plaza de Veracruz, sin haber disparado un solo tiro, y desconociendo al gobierno de don Francisco I. Madero.

La noticia, como antes hemos dicho, causó una profundísima sensación en todos los círculos sociales; pronto se hizo del completo dominio público, sobre ella se bordaron las hipótesis más absurdas que imaginarse puedan, y a la mañana suguiente, los diarios todos de la metrópoli, eran ávidamente arrebatados de manos de los papeleros, por un público ansioso de conocer los detalles de aquél suceso extraordinario.

He aquí cómo había sido realizado el golpe audaz que dejaba el primer puerto de la República en poder del nuevo revolucionario, suceso aquel al que, desde luego, se le concedió una significación seria y de muy graves consecuencias para el gobierno del maderismo, cuya debilidad y desorganización, iban siendo más ostensibles cada día.

En las primeras horas de la mañana, de la fecha indicada,—16 de octubre de 1912—el coronel don José Díaz Ordaz, jefe del 21o. batallón, cuya matriz se hallaba de guarnición en Orizaba, y el resto de su fuerza en Veracruz, llegaba a este puerto al frente de sus hombres, declarándose desde luego en rebelión contra el gobierno de Madero y proclamando jefe del movimiento, al brigadier Félix Díaz, quién de acuerdo con el citado Díaz Ordaz, empezó a tomar las medidas conducentes al apoderamiento de la plaza.

A pesar de la misteriosa desaparición del puerto, del general Díaz, efectuada pocos días antes, (1)

(1) El general Félix Díaz, durante su permanencia en Ve-

la estricta vigilancia de que era constantemente objeto, y otras mil circunstancias, hacían que todo el mundo abrigara vehementes sospechas de los planes revolucionarios contra el gobierno constituído, que el expresado militar tramaba, la toma de la plaza, según todas las apariencias de que estaba revestido, se hizo por sorpresa, pero es verdaderamente significativo que ni las autoridades civiles del puerto, ni las militares hubieran tomado nunca, como era de su deber, ninguna medida preventiva, que tuviera por objeto frustrar cualquier intento revolucionario. De ahí que la caída de la ciudad en poder de los sublevados, hubiera sido para éstos, cosa enteramente fácil; se llevó a cabo en un tiempo muy breve, y no costó el derramamiento de una sola gota de sangre siquiera.

La primera providencia de los jefes Díaz y Díaz Ordaz, quienes desde luego se vieron secundados en sus movimientos por la policía municipal, tanto de

racruz y viéndose objeto de una tenaz vigilancia de parte de numerosos agentes de policía reservada de México, estableció por costumbre subir todas las mañanas de paseo, acompañado de sus pequeños hijos, en un auto. "Algunos días después, la forma de los paseos varió. Salían solamente los niños Díaz, hijos del brigadier, tripulando el auto, y poco tiempo después don Félix marchaba a pie exhibiéndose por la ciudad. El intervalo entre la salida del automóvil con la familia y la salida del brigadier a pie, fué haciéndose cada día más prolongado, hasta que los policías que lo vigilaban se habituaban y cobraron confianza."

Un día, como de costumbre, los policías vieron salir el automóvil con los hijos del brigadier, y esperaron pacientemente que éste saliera, pero la espera fué en vano, pues el brigadier había salido escondido en la caja del automóvil, marchando éste a gran velocidad hasta un lugar determinado de la playa en donde ya esperaba una lancha de vapor en la que se embarcó.

¡La policía había quedado burlada!

a pié, como montada, y después de unirse con el resto de las fuerzas del 21o., que, como antes dijimos, se hallaba de guarnición en el puerto, fué dirigirse al cuartel del 19o. batallón, cuya fuerza se rindió sin hacer la menor resistencia, uniéndose una parte de ella, con las fuerzas del 21o., y quedando desarmada la otra y hechos prisioneros los pocos oficiales que se negaron a secundar el movimiento.

En posesión de este efectivo de guerra, que ascendía a cerca de mil hombres, cuyo mando quedó confiado al coronel Díaz Ordaz, se tomó la medida de aprehender al general don José María Hernández, jefe de la fortaleza de Ulúa y jefe interino de las armas, en aquella fecha, por ausencia del comandante militar, general Joaquín Beltrán, quedando de hecho, la plaza desde aquel momento en poder de la revolución.

Dos horas después, cuando el vecindario sin más alarma que la producida por la gritería de las fuerzas sublevadas que habían recorrido las calles del puerto lanzando mueras al mal gobierno y a Madero, y vivas al general Félix Díaz, se levantaba encontrándose con la novedad de que la plaza se hallaga en poder de este militar, se procedió a la aprehensión del jefe político, quien fué substituído en su puesto por el señor Félix Leycegui, comenciante que desempeñaba el cargo de presidente municipal, y se depuso al administrador de la Aduana, señor Mariano Azcárraga, y al jefe de la oficina telegráfica, don Felipe Román, quienes fueron substituídos, por empleados subalternos.

El general Díaz ajustaba todos sus actos a la

más estricta honradez, exigió que ante un notario público le fueran entregados los fondos de la aduana, que ascendían a cuatro millones de pesos, y éstos fueron depositados en la Sucursal del Banco Nacional, y remitidos a ésta ciudad, con las seguridades debidas. El coronel Díaz Ordaz ordenó que los establecimientos bancarios cerraran sus puertas en previsión de cualquier atropello, y la misma precaución tomaron las principales casas de comercio; pero éstas, por la tarde, y convencidas de que el general Díaz daba toda clase de garantías a personas y propiedades, volvieron a abrir sus puertas, y la ciudad recobró, en pocas horas, su acostumbrada actividad, aunque en medio de la excitación y de la inquietud que naturalmente dejaban en el ánimo público los sensacionales acontecimientos que acababan de desarrollarse.

* * *

Tal fué, sin entrar en profusión de detalles, de más o menos importancia, la caída en poder del brigadier don Félix Díaz, del puerto más importante de la República; caída que incuestionablemente significaba para el endeble gobierno del señor Madero, un nuevo y terrible golpe que venía de improviso a hacer más improbable, por no decir imposible su consolidación y su crédito; y aun cuando a primera vista, los pocos incidentes que intervinieron en la toma de aquella plaza, no abundan ciertamente en interés, es seguro que aplicando a todos ellos un sereno espíritu de observación, se encuentre que las circunstancias de que estuvieron rodeados aquellos acontecimientos, y toma inevitablemente origen lo que más tarde la opinión públca señaló y sigue señalando con el nombre de la "traición del general Beltrán".

Esta terrible conclusión es perfectamente aceptable en el terreno de la hipótesis en que nos hemos colocado, y trataremos de apoyarla en las siguientes razones: 1a., Está fuera de toda duda que el gobierno del Centro tenía conocimiento de los propósitos revolucionarios del brigadier Félix Díaz, y que a ello obedecía que este militar estuviera constantemente vigilado en Veracruz, por numerosos agentes de la policía reservada, enviados de México con ese exclusivo objeto; 2a., Es lógico suponerse que estos agentes, para el exacto cumplimiento de su comisión, estuvieron en contacto directo con las autoridades civiles del puerto, y que, tratándose, como se trataba, de prevenir un movimiento de rebeldía contra el gobierno constituído, no fueran extrañas tampoco las autoridades militares a los citados propósitos del brigadier de referencia y al espionaje de que éste era objeto; 3a, No tiene explicaciones satisfactorias el hecho de que en aquellas delicadas circunstancias el comandante militar de la plaza, general Joaquín Beltrán, estuviera ausente del lugar de los sucesos; 4a, Es muy extraño, y más aún sospechoso que, como hemos visto, ni las autoridades civiles ni las militares se hubieran preocupado nunca de tomar algunas disposiciones precautorias que las hubieran puesto a salvo de cualquiera sorpresa, y, 5a., Es verdaderamente inexplicable que sin estar de acuerdo con los revolucionarios, las fuerzas del 19o. batallón, en condiciones de defensa, como es-

taban, se hubieran rendido, sin oponer siquiera hubiera sido por simulacro, la más ligera resistencia.

Después de éstas observaciones que creemos enteramente justas y serenas, no es nada aventurado asegurar que tanto una como otras autoridades del puerto, civiles y militares, estaban de acuerdo con el movimiento felicista, y que sólo nuevas causas de carácter meramente personal, pudieron hacer más tarde cambiar de orientación a las segundas.

En el curso de los acontecimientos desarrollados en el siguiente capítulo, en que trataremos de la recuperación de Veracruz por el gobierno federal, trataremos de confirmar la verdad de estas apreciaciones.

RESUMEN DEL CAPITULO VIII.

Dispositivos de combate.—Efectivo de Guerra de ambos combatientes.—Las fuerzas de Beltrán recuperan la plaza después de un corto tiroteo.—Ardides, no heroicidades.—Cómo recuperó Beltrán la plaza de Veracruz.—Ocaranza se vale de un engaño para aprehender a Díaz.—Episodios guerreros.—La verdad de los hechos.